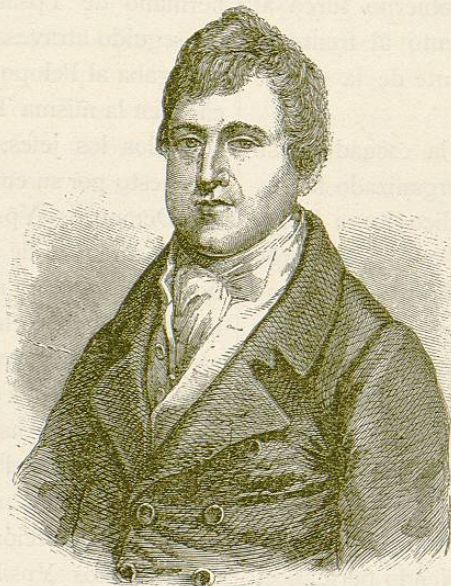


que estaban disgustados los jefes militares, tanto que al ver á Ypsilantis abandonar el campo de Tripolitsa y dirigirse á la costa para reembarcarse en vista de la oposición del Senado de Verbena, la gente se alarmó, encerró en la casa en que moraba Petrobey á todos los primados y Kolokotronis tuvo no poco que hacer para que no fuesen fusilados. Mandóse en seguida á buscar á Demetrios y éste llegó al campamento para tomar al fin el mando supremo de Grecia,—13 de Julio.

Si este Ypsilantis hubiese sido un hombre supe-

rior, las circunstancias favoreciéranle ahora como nunca, pero Demetrios no llegaba á tal altura áun cuando no fuera un hombre menguado. Pero al fin sonaba en Grecia un nombre de resonancia, un nombre que significaba grandes alianzas ó protecciones, y esto y el reconocimiento de su autoridad por la insurrección le dió tanto crédito, que varias plazas de guerra como Monemvasia y Navarin ofrecieron capitular si Ypsilantis les garantizaba lo que se pactara, y aunque esto lo ofreció, no debe culpársele del incumplimiento, pues los encargados



ENRIQUE HUNT

por él de celar el cumplimiento de su palabra, no se encontraban ni poco ni mucho dispuestos á dejar que escaparan sus opresores sanos y salvos,—4 y 19 de Agosto.

Pero la autoridad de Ypsilantis recibió un golpe horrible en medio de sus trabajos con el Senado que se había retirado á Zarakova para dotar al país de una Constitución, al saberse lo que había pasado en los Principados danubianos. Esos mismos jefes militares, Kolokotronis entre ellos, principiaron á mirar desde luego con desdén al hombre que no significaba nada en la revolución.

Si no se había combatido delante de Tripolitsa durante ese tiempo, no por esto habían estado del todo ociosos los jefes militares. Kolokotronis avisado de que Kiamil-Bey quería dirigirse á Corintho, se dirigió á Mitika cortando en todas direcciones los pasos, abriendo grandes y profundos fosos, reforzando además el puesto militar que allí tenía. Kiamil-Bey no apareció, pero necesitando Mustafá-Bey forrajear, salió al efecto con cuatro ó seis mil

hombres para hacerlo, yendo á enredarse por aquel terreno que no conocían, sufriendo grandes pérdidas, que hubieran sido mayores si los soldados griegos se hubiesen mostrado más atentos al enemigo que al botín. Desde este día los turcos desistieron de alejarse de Tripolitsa.

El sitio, sin embargo, no adelantaba, porque los griegos carecían de artillería para abrir brecha. La rendición de Monemvasia les proporcionó algunos miserables cañones de campaña que resultaron inútiles, y los tres obuses que el escocés Thomás Gordon, el historiador de la revolución griega, les trajo, fué toda la artillería de posición que pudieron reunir para abrir brecha en Tripolitsa, después de intimarles Ypsilantis la capitulación, pero entonces se encontraron con otra dificultad, y era la de no tener municiones para los obuses.

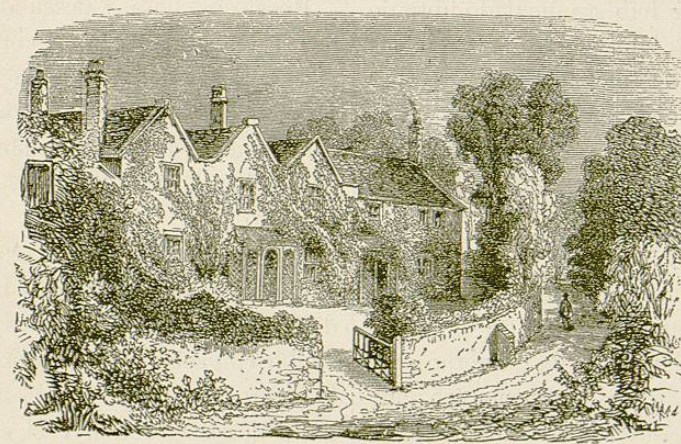
Pero era necesario acabar si no se quería que se malograra una empresa que se consideraba segura. La escuadra turca habíase presentado ya en el golfo de Lepanto,—7 de Setiembre,—y marchaba

al ataque de Patras, para donde salió Ypsilantis con alguna gente de refuerzo, logrando con esto los jefes militares que el honor de rendir á Tripolitsa fuera todo suyo.

Kara-Alí salvó á Patras; los griegos se dispersaron, y es seguro que si entonces aparece el ejército de Bairan-Pachá se salva igualmente Tripolitsa: pero Bairan no pudo presentarse porque lo crítico de las circunstancias inspiró resoluciones enérgicas á las partidas griegas que se concentraron resolviendo hacerle frente y con tan buen éxito que Dyovuniotis, Guras y Pappa Andreas destruyeron su ejército en Platania,—7 de Setiembre,—dejando

en el campo de batalla mil muertos, ochocientos caballos, dos cañones y diez y ocho banderas. Kara-Alí, que había avanzado hasta el fondo del golfo arrasando á Galaxidi,—principios de Octubre,—al saber lo ocurrido hizo rumbo de nuevo á Constantinopla, en donde se le recompensaron sus servicios elevándole al grado de Capoudan-Pachá.

Tripolitsa quedaba, pues, abandonada á su triste suerte. Inevitable su ruína, el Kiaya-Bey-Mustafá, la esposa de Chourchid-Bey y los turcos de Asia querían abrirse camino para Nauplia por la fuerza de las bayonetas; los turcos indígenas, que temían por la suerte de sus mujeres é hijos, querían una



Casa natal de Thomas Moore

capitulación, y esto era lo que pedía Kiamil-Bey, quien se hacía la ilusión de poder obtener de los primados buenas condiciones, merced á las antiguas relaciones que con ellos había antes tenido. El tercer partido era el de los albaneses y su jefe Elmaz-Bey el que negociaba por su cuenta. En estas condiciones la gente de Tripolitsa no podía salvarse.

El 5 de Octubre era el día señalado para que salieran los albaneses, á quienes se dejaba salir para su patria, quedando obligados al llegar á Epiro á hacer ya armas contra los turcos; pero hé aquí que unos soldados griegos se adelantaron hasta tocar los muros de Tripolitsa para vender uvas á su guarnición y como encontraran ocasion favorable, escalaron el muro entre las puertas de Navarrin y Nauplia, llegando luego al mismo sitio con gente armada el capitán Kephalos. De esta manera cayó Tripolitsa en manos de los griegos.

Los albaneses hicieron respetar los convenios hechos y se les dejó salir en número de mil quinien-

tos á mil ochocientos hombres. Los jefes turcos y sus harems fueron puestos bajo la protección de los jefes militares griegos, pero el resto de la población fué entregada á la soldadesca, que la pasó á saco, como si en realidad la hubiese tomado por asalto. Los griegos recordaron sus mártires y las crueldades de Constantinopla, y ocho ó diez mil hombres perdieron allí la vida miserablemente degollados, mientras sus mujeres é hijos eran víctimas del vencedor, que necesitó tres días para apaciguar sus furores.

Mientras esto sucedía en Tripolitsa, Demetrios Ypsilantis estaba sitiando á Nauplia, porque los que habían vuelto al sitio de Patras no quisieron la ayuda de él ni de Kolokotronis que se ofreció á dirigir el sitio, porque para todos aquellos hombres fascinados por el obispo Germanos, la rendición de Patras era segura; y sin embargo, nuevamente se libertaron los laliotas de sus enemigos con una nueva y vigorosa salida. Demetrios Ypsilantis no podía hacer nada contra la fuerte Nauplia sin medios para batir



su triple recinto. Cuando allí fueron Kolokotronis y Balasto, un genovés metió á la cabeza del príncipe la idea de tomar la plaza por asalto, y aunque Kolokotronis y demás jefes creyeron esto imposible; el terco príncipe se empeñó, dióse orden para el asalto, pero á los primeros cañonazos soltaron los griegos sus escalas y no hubo nada.

Para gloria del príncipe éste pudo obtener la entrega de Akrocorintho,—26 de Enero de 1822,—con cuya victoria no quedó malogrado el esfuerzo hecho delante de Tripolitsa, pues fácilmente se comprende que lo mismo en Grecia, que en Turquía, que en Europa, se creyó la victoria de Tripolitsa señal de otras no menos decisivas, y de seguro que el Peloponeso entero hubiera quedado libre de turcos, si los griegos no hubiesen creído que las ciudades marítimas que los turcos guardaban eran su presa segura y hubieran estado más convencidos de su importancia militar. Por estas razones continuaban aún en poder de los turcos Patras, Nauplia, etcétera.

Pero á Ypsilantis lo que le había de desprestigiar más en estos días, era el acto llevado á cabo por los jefes de la Grecia Oriental, quienes no pudieron conseguir de él la organización de un gobierno para su uso, habiendo rechazado Ypsilantis cuantos hombres se le propusieron. Allí estaba Maurokordatos, indudablemente uno de los helenos más distinguidos de su tiempo y más capaces de organizar el país, y á su lado estaban los que hemos visto escapar de los Principados, como Kantakouzinos, Negris, quienes sabiendo de sobra á qué atenerse sobre lo que podían esperar de Rusia, se presentaban como los representantes de la juventud griega. Así estos hombres no pudiendo entenderse con Demetrios, que quería en todas partes ser ciegamente obedecido como jefe supremo, acordaron celebrar en 26 de Setiembre de 1821 en Salona, un Congreso de delegados de Grecia Oriental encargados de constituir un gobierno nacional; pero esta Asamblea se dispersó sin hacer nada, llena de espanto al ver á Galixidi, en donde se habían reunido muchos de ellos, entregada á las llamas por la escuadra turca. Hasta qué punto esto los desconcertó, lo dice el hecho de haberse reembarcado Kantakouzinos escapando á Liorna. Maurokordatos permaneció en su puesto y llamado por los etolios se estableció en Missolonghi.

Hasta aquí los griegos, para desorganizar la resistencia turca, habían maniobrado de una manera muy política con los albaneses, dándoles á entender que ellos se habían levantado por orden de Alí-Pachá de Janina, su jefe; de modo que los albaneses cuando se

encontraban unidos con los turcos, eran más bien un aliado peligroso que un soldado leal. Ahora los apuros de Alí eran muchos y los griegos estaban en disposición de hacer mucho para su jefe arrancándole de la catástrofe que le amenazaba, pero los griegos que también comprendían cuanto les ayudaba la división de Alí, se mantenían retraídos de toda cooperación, porque el triunfo del pachá de Janina sólo hubiera servido para que éste propusiera sus condiciones á la Puerta, y una vez concordados emprender la campaña juntos contra los griegos. Pero ya ahora los albaneses no podían darse á engaño, los albaneses que habían estado en Tripolitsa, se encargaron de desengañarles.

Recelosos, pues, y deseando saber á qué atenerse, fueron los albaneses á las conferencias de Missolonghi y allí se resolvió mantener la alianza de albaneses y griegos y hacer una expedición á Arta para distraer á los sitiadores de Janina. Esto era lo menos que podían hacer los griegos sino querían descubrir su juego.

Alí-Pachá estaba, en efecto, á últimos de Octubre muy apurado. Su castillo de Litharizza tuvo que rendirse á últimos de Octubre y á lo sumo podía ahora contar con seiscientos hombres.

Maurokordatos avisó al souliota Marcos Botsaris de lo que se trataba, y el enviado de aquél llegó precisamente en el momento mismo en que Botsaris se reconciliaba con el matador de su padre Gogos, para servir juntos la causa nacional. Botsaris cumplió las órdenes que se le habían traído y penetró en Arta el día 25 de Noviembre, encerrando á los turcos que aún se resistían dentro de varias casas de la población. Alentados los albaneses con esta feliz cooperación enviaron á Tahir Abbas, el antiguo ministro de policía de Alí-Pachá, para pedir á Maurokordatos nuevos socorros y consejos, pero no se encontraba á la sazón Maurokordatos en Missolonghi y Tahir al salir á su encuentro, al encontrarse en el terreno franco de la insurrección, pudo convencerse de la realidad de lo que había contado Elmaz-Bey y de que los griegos sólo trabajaban para su independencia. Tahir disimuló sin embargo su consternación y su furor por aquella traición á su amo el sultán, recogió las armas y municiones que le facilitaron y de regreso enteró á sus compatriotas de lo que ocurría conviniendo en ofrecerse á Chourchid-Pachá para combatir todos á los griegos y á su jefe Alí en cambio de su perdón. Y así sucedió en efecto, siendo los albaneses quienes en compañía de los turcos hicieron levantar á los griegos el sitio de Arta con gran indignación de los helenos y en par-

ticular de los souliotas, á quienes declararon los albaneses, que ellos eran buenos musulmanes y buenos súbditos del sultán.

Alí, con esta traición de los suyos, quedaba á merced de Chourchid-Pachá, que ya pudo hacer ocupar por sus tropas el castillo del centro del lago,—primeros de Enero de 1822.—Alí sin más apoyo que el de treinta y cinco hombres, incluso cinco rehenes de los souliotas, se redujo á un reducto interior amenazando con hacerse saltar él, sus hombres y sus tesoros si se le atacaba. Chourchid, que quería apoderarse de él y de sus tesoros, supo aprovechar tan bien las circunstancias que Alí, convencido de que no sería mal tratado, se entregó, retirándose á un kiosko de una de las islas del lago, en donde amaneció asesinado el 5 de Febrero de 1822, muriendo, según se cree, á manos de Mehemed-Pachá de Morea, que lo asesinó en el momento en que se despedía de él. Los dos hijos de Alí fueron poco después ejecutados, y en Janina quedó de jefe Omer-Vrione, uno de los primeros que hicieron traición á Alí, porque les convenía también á los turcos no presentarse como enemigos de los albaneses.

El carácter de la guerra helénica, durante su primer año, fué lo que hubo de ser; un pueblo sin organización y sin más lazo de unión que su odio contra la dominación turca que se levanta en favor de la independencia patria y este levantamiento quiere dominarlo el opresor con el cadalso, al que envía cuánto de más distinguido puede caer en sus manos del pueblo griego. No es esto sólo, cristianos los oprimidos, musulmanes los opresores, toma la guerra desde luego un carácter de guerra de religión que había de darle toda la ferocidad que nos recuerda la guerra de los españoles en Flandes, la guerra de los Treinta años en Alemania, las guerras contra los hugonotes y la de la Vendee en Francia, la primera guerra civil en España, etc. Sin una base militar los sublevados reunir, concertar, organizar aquellas fuerzas no acostumbradas al cañón, era sólo posible á un genio militar de primer orden y con un pueblo menos envilecido que el griego, y por consiguiente, menos indisciplinado que éste, pues el sumiso esclavo tan pronto se ve libre de la amenaza del látigo del amo con su indisciplina, revela su amor á la independencia y el haber nacido para la libertad.

Habiendo, pues, sido necesario crearlo todo en Grecia, orden, disciplina, gobierno civil y militar, administración, hacienda, etc., milagro parece como la revolución griega se pudo sostener durante todo el año 1821, y hasta con ventaja.

Debieron esto, sin duda alguna, á la preocupa-

ción de los turcos de que el sitio de Janina no duraría, á no mandar la Puerta sobre la pequeña Grecia masas de hombres que ocuparan el país y redujeran á los insurgentes á los mayores apuros; pero Turquía siempre creyó que tenía tiempo para dominar á la pequeña provincia que amenazaba su integridad y le dejó que triunfara y se organizara.

El nuevo año de 1822 principió con trabajos más serios para dotar á Grecia de un gobierno, pues ahora tenía tres de hecho y uno moral; los tres primeros eran el Senado del Peloponeso, el de Missolonghi y el de Salona que había logrado organizar Negris en la Grecia oriental.

Cuando la caída de Janina hacía, pues, inminente una acción más enérgica de Turquía, lo primero que hubiera debido hacerse era suprimir esos tres gobiernos y el gobierno errante y sin base real de Ypsilantis; pero en el Peloponeso, lo mismo que en Missolonghi, que en Salona, nadie se preocupaba de esto, se sentía sí la necesidad de un elemento director, pero á ese centro, á ese gobierno dictatorial no se le querían dar más armas que aquellas que los Estados no podían manejar.

Maurokordatos había publicado su estatuto, al que desde luego se inclinaron los del Peloponeso; en cambio, Negris se había ido por las ramas, de modo que cuando las necesidades exigían hechos y no teorías, se levantaban en la Grecia Oriental todas las teorías de los revolucionarios europeos. Iba, pues, el Congreso ó Asamblea nacional á reunirse en malas condiciones, á lo que contribuía la falta de una ley electoral que daba por resultado una Asamblea con representaciones desiguales y sin proporción con las diversas partes de Grecia, pero por fortuna los que se reunieron en Epidauras por orden de Ypsilantis, al constituirse,—1.º de Enero de 1822,—tuvieron el buen acuerdo y el acierto de elegir por presidente suyo á Maurokordatos, lo que les aseguraba que la Asamblea llegaría á un resultado.

En el seno de la Asamblea que se creía se vería desgarrada por los partidos políticos, se vió hasta con asombro que no existían y que no había más que dos partidos, el militar y el civil. Aquél quería que éste se limitara á ser su auxiliar, á entender en la administración del país y en nada más, y que á ella se dejara el gobierno activo de la revolución, como que no se podía tratar más que de guerra. Fué, pues, necesario hacer comprender á esos jefes que la guerra era otra cosa de lo que ellos presumían, que era necesaria una dirección para hacerla, un plan, un pensamiento, y que todo esto no podía residir más que en el gobierno del país reconocido



por todos. Convenciéronse los jefes militares, y ya entonces costó poco acabar con las pretensiones de Ypsilantis á la dictadura; hasta se le alejó del gobierno del año 1822 que quedó constituido con arreglo á la Constitución de Epidauros, que ponía á su frente un quintvirato anual: de Maurokordatos por la Grecia Occidental que fué su presidente; de Logothesis de Livadia, vice-presidente; de Horlandos de Hydra; de Kanakaris de Patras, uno de los más ricos primados de Morea, y de Delyanisis de

Karytaina; «alma baja encerrada en un cuerpo deforme.»

La Constitución era representativa, casi democrática y todo lo más liberal que podía desearse. La cuestión de forma de gobierno quedaba reservada áun cuando había unanimidad para la monárquica; los que suspiraban por el restablecimiento de las antiguas repúblicas, no eran oídos.

Como Ypsilantis continuaba llamándose representante del gobierno supremo, Maurokordatos para



GUERNON-RANVILLE

acabar con el fantasma de ese gobierno de conspiradores, hizo que se decretaran como colores nacionales el azul celeste y el blanco, dispuesto en nueve bandas horizontales, y como sello la cabeza de Minerva, cuando hasta aquí la hetairía había impuesto su símbolo que era el Ave Fénix y su color que era el negro, que todavía desplegó Ypsilantis al atravesar el istmo de Corintho.

Grecia, pues, se disponía á resistir con energía el nuevo y fuerte impulso que se creía que Turquía daría ahora á la guerra, y al efecto lanzó su manifiesto, justificando ante Europa la legitimidad del movimiento griego, y enérgicas circulares para que nadie faltase á su puesto. Esta fué la obra de la primera Asamblea nacional griega que no se atrevió, sin embargo, á poner mano, esto es, á exigir la di-

solución de los tres senados de que antes hemos hablado.

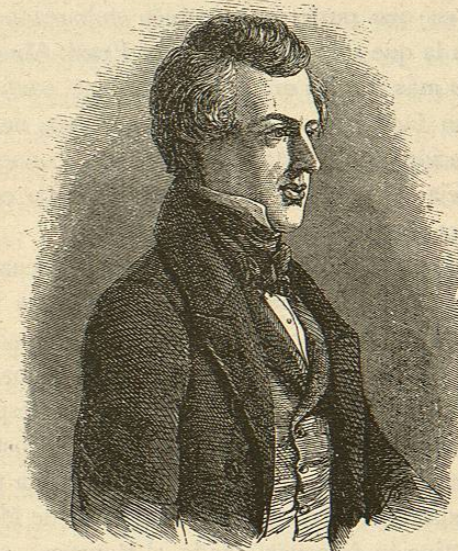
Disponíase, por su parte, la Puerta á obrar con la mayor energía, tanto que desde Febrero tenía ya dispuesta su armada para la nueva campaña, lo que no se había visto desde los buenos tiempos de Constantinopla, gracias á tener la mano alta el favorito del sultán Chalet Effendi, jefe del partido de la guerra, guerra que ya había Turquía ahora terminado en otra frontera, en la de Persia.

«Luégo que la paz de Goulistan hubo entregado á Rusia el mar Caspio y las puertas de Persia, lo que imprimió á sus relaciones con este país un carácter más enérgico y activo, Rusia estaba representada en la corte de Persia por un ministro residente llamado Mazarovicht. Éste, tan pronto vió surgir las pri-

meras complicaciones entre Rusia y la Puerta, empleó todos sus recursos en excitar al gobernador de Kermanschah, Mohammed Alí Mirza, hijo mayor de la numerosa prole de Feth-Alí-Shah, á que se aprovechase de la debilidad del pachá turco, su vecino y declarase la guerra á Turquía.

»Era ese príncipe belicoso, ambicioso, y estaba irritado al ver que su hermano menor, Abbas Mirza, estaba designado para sucesor del trono. Las instigaciones de los rusos le encontraron, pues, en una disposición favorable á sus designios y del todo dispuesto á secundarlos. Así se apoderó por sor-

presa de Suleimanich en la frontera, dirigiendo luégo dos fuertes cuerpos de tropas sobre Erzerum y Bagdad. La división del norte tomó la fortaleza de Toprakaleh; la división destinada á marchar contra Bagdad partió por Karkuk, á fin de cortar las comunicaciones con Alepo; el Kiaya de Bagdad sufrió una derrota completa, y se pasó después de la batalla á los persas. Resistir con las armas en la posición en que ahora se encontraba la Puerta, no le era posible, pero en cambio le era fácil á la Puerta por medio del embajador inglés Strangford, hacer entender á Persia que sus destinos estaban sobrado uni-



LORD MORFEELD

dos con los de Turquía, para que de tal manera se prestase á los manejos de Rusia.

»Así el Shah oyendo las exhortaciones del embajador inglés,—Agosto de 1821,—envió orden á su hijo para que no continuara avanzando... «inútiles fueron todas las promesas y gestiones del embajador ruso para que continuara la guerra, el embajador inglés pudo más y la paz renació. De modo que la Puerta se sentía ahora libre y llena de confianza con el vencedor de Alí-Pachá. A Chourchid-Pachá se le abrió ahora el teatro de su gloria, al que debía sentirse arrastrado por la humillación de su esposa.

Aparejada ya como hemos dicho la escuadra turca desde primeros de Febrero, no se esperó á la primavera para que saliera á operaciones y, en efecto, el 8 de Febrero se presentó delante de Hydra una escuadrilla compuesta de treinta y cinco velas, en la creencia de que se le entregaría la ciudad por haberse en ella urdido un complot al efecto, pero no fué así, y el almirante cansado de espe-

rarse, fué á aprovisionar las plazas marítimas del Peloponeso y contra Neokastron ó Nueva Navarin intentó un ataque que rechazó el general wurtembergués Normann, que ya por este tiempo, Grecia contaba con muchos filehelenos de todas las naciones europeas, pues la resurrección de Grecia enardecía el espíritu romántico de la época, que predicaba una nueva cruzada en su favor.

La escuadra hizo luégo vela para Patras, desembarcando cuatro mil hombres de Anatolia, al mando de Kara-Mehmed-Pachá.

Los de Patras tras largas discusiones habían acabado por confiar la dirección del sitio á Kolokotronis; pero éste no podía adelantar gran cosa por la cooperación que á los de Patras prestaban Yusuf-Pachá y la escuadra: tampoco en los combates terrestres la fortuna no siempre favoreció á ninguno de los dos bandos, ensangrentando aquellos campos sin decidir la victoria. Lo mismo sucedió cuando se presentó la escuadra helénica fuerte de sesenta y tres